

Estados Unidos: unilateralismo y política exterior. Notas para un debate

Autor: Msc. Dino Amador Allende González

Centro de Estudios Hemisféricos y sobre EE.UU. (CEHSEU-UH)

Introducción

A través de este trabajo se intentará hacer un análisis sobre las posiciones asumidas por los gobiernos de George H. W. Bush (1998-1993), William Clinton (1993-2001), George W. Bush (2001-2008), Barack Obama (2008-2017), Donald Trump (2017-2021) y el actual período presidencial de Joseph Biden (2021-2025) en el terreno de las relaciones internacionales, tomando como punto de partida la prevalencia de una tendencia hacia el unilateralismo, la existencia por parte de los partidos Republicano y Demócrata de objetivos comunes en política exterior, relacionados con el interés por mantener el protagonismo estadounidense en el escenario mundial a través de dicha tendencia y que básicamente se puede identificar mediante dos variantes o formas de expresión: hegemónica e imperial.

Conceptualización

El unilateralismo como tendencia en la política exterior de EE.UU. se desarrolla desde los inicios de la última década del siglo XX, si bien es necesario puntualizar que las condiciones para su irrupción en ese momento se fueron conformando en el transcurso del siglo XX, tras el final de la Primera Guerra Mundial. A lo largo de esa centuria, los principales antecedentes de lo que a fin de cuentas se identifica en este texto como unilateralismo en política exterior de los EE.UU. serían los presidentes Thomas W. Wilson (1913-1921), Franklin D. Roosevelt (1933-1945) y John F. Kennedy (1961-1963), que durante sus períodos gubernamentales desarrollaron una política exterior dirigida a potenciar el rol de los EE.UU. como un factor determinante dentro del escenario internacional (Moniz Bandeira, 2010; Arboleya, 2005; Arboleya, 2008).

La base sobre la cual puede ser funcional el unilateralismo como tendencia de la política exterior de los EE.UU. desde hace más de 30 años tiene como base el hecho de constituir un modo de actuación que pretende controlar y someter al resto del mundo desde un actor internacional, que a su vez posee la capacidad de asumir en el actual escenario roles propios de una hiperpotencia, expresados en las siguientes variables: Presencia determinante en el mundo económico y financiero mundial; peso político en los principales organismos internacionales donde además predomina un sistema mundo con un orden social básicamente unipolar -en este caso un capitalismo globalizado neoliberal- que pareciera representar una suerte de “americanización”, destinada a ser implementada en multitud de países independientemente de su nivel de desarrollo; el hecho de ser la principal potencia militar del mundo, expresada no solo desde su potencial bélico sino sobre todo por el carácter universal con que se ha concebido y llevado a la práctica el despliegue de sus fuerzas armadas en el resto del planeta, ya sea mediante los Comandos Combatientes Unificados como a través de las misiones, enclaves y bases militares ubicadas en más de un centenar de países, al tiempo que estas condiciones están avaladas por el hecho de que este país es el de mayor presupuesto militar en el mundo; así como también el haberse constituido referente mundial en materia cultural e ideológica, entendido también como “el dominio de lo simbólico, que le da acceso a lo que Max Weber denomina la “dominación carismática”” (Ramonet,

2006: p. 29).

Las dos tendencias en que se expresa este unilateralismo son hegemónico e imperial. En el primer caso su génesis tuvo como contexto el mandato de George H. W. Bush y los dos períodos presidenciales de Bill Clinton, se caracterizó por la implementación de un conjunto de acciones destinadas a fortalecer y consolidar mecanismos de corte político con énfasis en la diplomacia, el uso de la fuerza militar en situaciones específicas o la combinación de ambas fórmulas, la utilización de organismos internacionales que avalaran sus decisiones de política exterior como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y particularmente su Consejo de Seguridad (CS), amén de otras que fueron creadas durante la Guerra Fría en función de promover y desarrollar sus intereses en el escenario mundial y entre las que sobresalen dos ejemplos: La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y las estructuras que conforman el sistema interamericano, tanto las existentes desde los años posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial como las que surgieron durante los años 90 del siglo XX, pero que en la práctica también pueden interpretarse como una manera de “dar concesiones a sus aliados sin perder el control de las situaciones” (Alzugaray, 2004). Por su parte, el unilateralismo imperial comenzó su trayectoria en los dos mandatos de George W. Bush y en ese momento tuvo como principales rasgos el uso de fórmulas unilaterales con un evidente corte imperial; la presentación de pronunciamientos definitivos y hechos consumados tanto en sus planteamientos oficiales a nivel ejecutivo como en el seno de los organismos internacionales, que en ocasiones adquirieron la forma de verdaderos *ultimatum* al resto del mundo; amén de una marcada preferencia por el uso de la fuerza como recurso supremo para consolidar una posición dentro del conjunto de las relaciones internacionales, expresada desde una manera de “seguritizar la seguridad de EE.UU. según sus intereses” (Alzugaray, 2004). Posteriormente, Donald Trump asumió en sus cuatro años de gobierno una postura que en esencia lo identifica con el unilateralismo imperial, si bien esa actuación estuvo matizada por determinadas particularidades.

De hecho, el unilateralismo en la política exterior estadounidense actual es un tema complejo y hasta cierto punto no resultaría una exageración considerarlo como una suerte de instrumento político que todavía se halla en una fase de definición, tanto desde el punto de vista académico (Alzugaray, 2004; de Luna Barrios, 2010; Fernández de Córdova, 2004; García San José, 2008; Leyva, 2022) y las complejidades que se viven en el actual escenario de las relaciones internacionales; sino también a la luz de la dinámica que se expresa en el panorama político interno de ese país, que en más de una ocasión ha incidido en la marcha de su política exterior.

De lo planteado se puede inferir que el posible acercamiento a esta temática es relativamente reciente en el tiempo y su abordaje nos pudiera plantear un conjunto de interrogantes ¿Existe realmente el unilateralismo en una forma más o menos acabada? ¿Coexisten junto al unilateralismo otras formas de interacción en las relaciones internacionales? De ser así ¿Cuáles pudieran ser a mediano y largo plazo las posibilidades del unilateralismo como una opción que mantenga su predominio en el actual escenario internacional?

Resulta significativo el hecho de que desde los inicios de la década del noventa en el pasado siglo XX, a la par que los EE.UU. desplegaban en su accionar de política exterior prácticas unilaterales, la retórica de los actores encargados de poner en marcha las prioridades de política exterior de dicho país, insistieran en denominar esa forma de actuación con términos tales como "multilateralismo" e "Internacionalismo práctico" (Gardner, 1994: p. 76). Por otra parte, en los debates sobre estos temas hay autores que han considerado como válida la existencia del multilateralismo, vista como una "práctica de coordinación política por tres o más Estados, con uno de ellos como Hegemón" (Alzugaray, 2004).

El unilateralismo en su variante hegemónica

Esta vertiente del unilateralismo se desarrolló en un primer período durante los últimos años del siglo XX bajo los mandatos de George H. W. Bush y Bill Clinton y tuvo un segundo momento en los dos períodos presidenciales de Barack Obama.

Entre los acontecimientos de política exterior donde EE.UU. estrenó esta concepción de las relaciones internacionales se hallan el proceso de crisis y guerra del Golfo Pérsico (1990-1991) con su secuela de agresiones hacia Iraq durante el resto de los años 90; la desintegración de la República Federativa Socialista de Yugoslavia (1991-2003); así como también la política exterior de esos años hacia América Latina y el Caribe. En el caso del primer ejemplo este acontecimiento implicó un reforzamiento de la influencia estadounidense sobre sus competidores económicos y mostró hasta qué punto el gobierno norteamericano había extendido su poder de influencia en la ONU, principalmente dentro del CS, por lo que en la práctica esta situación, además de constituir la primera manifestación evidente de la existencia de un mundo unipolar, representó un ejemplo del tipo de operaciones que sin ser propiamente de la ONU, contaron con su respaldo (Mariátegui, 1992; CESEU, 1993; Despaigne González, 2001). Por su parte, la participación estadounidense en el proceso de desintegración de Yugoslavia (1991-2003), tuvo como característica principal el desarrollarse en uno de los espacios más complejos de Europa, los Balcanes, terminó involucrando en su órbita a los países miembros de la recién fundada Unión Europea (UE), ya fuera mediante la participación de estos en las misiones de pacificación organizadas por la ONU, sobre todo en el contexto de la guerra de Bosnia-Herzegovina (1992-1995), como mediante las acciones militares del Pentágono junto a la OTAN en los momentos finales de este enfrentamiento, que desembocaron en los Acuerdos de Dayton; y sobre todo durante la llamada "Guerra de Kosovo" (marzo-junio de 1999), momento en el cual dicha organización, a instancias de EE.UU., expresó públicamente su decisión de proyectarse más allá del espacio noratlántico (Palau, 1999; Dimas, 2001; González Torres, 2001; *Nato Review*, 1994-1999).

Por otro lado, fue América Latina espacio donde EE.UU. desplegó uno de los más abarcadores muestrarios en materia de unilateralismo hegemónico, principalmente bajo la batuta de Bill Clinton: La concreción del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994 y el inicio de las Cumbres de las Américas, la primera de ellas celebrada en Miami (1994) con la asistencia de todos los presidentes latinoamericanos y caribeños, excepto Cuba, que a su vez vio nacer nuevos instrumentos que reforzaban la extraterritorialidad de las sanciones económico-financieras estadounidenses mediante leyes como la Torricelli y Helms-Burton (1992 y 1996 respectivamente), a la par que

durante los años noventa sería condenada sistemáticamente por la hoy desaparecida Comisión de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra, bajo la acusación de violar los derechos humanos de sus ciudadanos y en cuyas deliberaciones era notoria la iniciativa de la delegación estadounidense para lograr ese objetivo.

En la práctica, esta virtual oxigenación en el sistema interamericano abarcó no solo el marco propiamente político, sino también el económico y comercial (fue en el contexto de estas cumbres que se comenzaron a dar los pasos para la puesta en práctica del Acuerdo de Libre Comercio para las Américas, ALCA), así como también el cultural (Leiken, 1994). A mediados de esa década incluso el gobierno de Clinton contribuyó al restablecimiento en la presidencia de Haití de Jean Bertrand Aristide (derrocado por los militares de ese país en 1991), si bien de hecho este paso se dio justo cuando este mandatario estaba desde el punto de vista cronológico a punto de concluir su plazo como presidente.

El segundo momento del unilateralismo en su versión hegemónica tuvo como escenario las dos administraciones de Barack Obama (2009-2017). Este heredaba un país inmerso en una crisis económico-financiera de carácter global donde los EE.U.U. tenía desde mediados del 2007 papeles protagónicos, así como un entorno social interno sumamente explosivo, pero además recogía la cosecha de una política exterior cuestionada en el mundo por su carácter imperial, de ahí que desde los momentos previos a la campaña electoral el tema fuese incluido en sus intervenciones con un enfoque que, en esencia, pretendió restablecer el unilateralismo hegemónico estadounidense en el plano de las relaciones internacionales (Obama, 2007: p. 59). Su administración tuvo que lidiar con escenarios internacionales muy complejos, donde sobresalieron, entre otras cuestiones, la necesidad de recuperar la influencia nortea en el Medio Oriente, seriamente afectada por el desarrollo de la guerra en Iraq desde 2003; recuperar el nivel de legitimidad en sus relaciones con América Latina y el Caribe, fuertemente dañado por diferentes problemáticas que iban desde la política seguida por los EE.UU. con relación a Cuba durante los cincuenta años de proceso revolucionario y que a esas alturas era un evidente fracaso; la situación de los procesos de integración latinoamericana; así como otros temas de carácter más global, relacionados sobre todo con el ascenso de China como principal amenaza en el terreno económico, comercial y tecnológico; a lo que se sumaba la gradual recuperación de Rusia como un actor internacional de peso, sobre todo en la esfera político-militar.

Si bien puede resultar un verdadero reto analizar los diferentes aspectos sobre los que Obama potenció una actuación en política exterior durante sus dos períodos de gobierno, en este trabajo trataremos de analizar su desenvolvimiento al menos en dos áreas geográficas que pueden servir de barómetro para medir la forma en que dicho presidente utilizó con mayor o menor fortuna las posibilidades del unilateralismo hegemónico como un instrumento de la política en las relaciones internacionales. Estas son el Medio Oriente y América Latina.

En la primera de estas regiones el flamante presidente heredó sendas guerras en Afganistán e Iraq, que si bien poseían similitudes también tenían evidentes diferencias entre sí, de ahí que a fin de cuentas el tratamiento dado a ambas también fuera diferenciado. Si en el caso afgano la alternativa fue a fin de cuentas mantener e incluso reforzar en determinado momento la presencia militar estadounidense; para Iraq la metodología que se siguió implicó a la larga la retirada del contingente militar del país a

fines del 2011, si bien a partir de 2014, tras el auge del llamado “Estado Islámico” (EI-Daesh) Obama reintrodujo sus fuerzas en Iraq, las que mantienen su presencia en ese Estado árabe, si bien a un perfil bajo. Por otro lado, este presidente trató y en buena medida consiguió restablecer una imagen de cierta autoridad para EE.UU. dentro del escenario político de las élites de poder en el Medio Oriente; prueba de ello fue que desde el 20 de marzo de 2011, a raíz del inicio de una campaña militar contra Libia con ataques aéreos por parte de la OTAN, tomando como pretexto una resolución del CS, manipulada para finalmente provocar el derrocamiento del gobierno libio y el asesinato de Muammar el Gaddafi hasta llevar a ese país a una situación de inestabilidad que aún se mantiene; al tiempo que desde ese mismo año se ha tratado de llevar a Siria a un escenario similar, Obama logró encontrar un rápido apoyo para este tipo de acciones por parte del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) y la Liga Árabe.

Respecto a la política hacia América Latina durante sus dos administraciones, Obama desarrolló una política que en esencia buscó restablecer un estatus más favorable a los intereses norteamericanos en el área, recuperando hasta donde resultaba posible las funciones del sistema interamericano (OEA, Cumbres de las Américas, la denominada *Carta Democrática*) y propiciando escenarios donde los cambios dentro de los sistemas en países con gobiernos contestatarios e incluso progresistas menos radicales fueran realizados desde las estructuras de poder nativas con un fuerte apoyo de su administración, los poderes mediáticos internacionales y en determinados casos de sus aliados de la Unión Europea (UE).

Un bosquejo muy somero de los ocho años de gobierno de Obama en su relación con América Latina nos muestra algunos resultados de esta postura: desde 2009 se restableció el ciclo de convocatorias para las Cumbres de las Américas: Trinidad Tobago 2009, Colombia 2012 y Panamá 2015, esta última con la participación por primera vez de Cuba; los presidentes de Honduras Manuel Zelaya, Fernando Lugo en Paraguay, así como la presidenta de Brasil Dilma Rouseff, fueron expulsados de la presidencia, el primero de ellos mediante un golpe de Estado que pese a recibir un rechazo casi unánime a nivel regional terminó siendo convalidado por la OEA; mientras que Lugo y Rouseff fueron depuestos en 2012 y 2016 respectivamente, debido a golpes parlamentarios. En cuanto a Venezuela, Obama emitió en 2015 una directiva donde planteaba que este país representa una amenaza para la Seguridad Nacional de Estados Unidos y siguió en esencia la política de W. Bush al apoyar a la oposición venezolana, sobre todo a raíz del fallecimiento de Hugo Chávez en 2013; de ahí que se puede afirmar que contra el actual presidente de Venezuela, Nicolás Maduro Moros, se sigue la misma política agresiva que en los tiempos de Chávez, pero a un nivel mucho más amplio por su envergadura.

Referente a la política hacia Cuba, su decisión de restablecer las relaciones diplomáticas entre ambos países implicó un reconocimiento al gobierno de Cuba y su presidente Raúl Castro Ruz e implícitamente a la resistencia del proceso revolucionario cubano frente a una política muy agresiva por parte de las élites de poder de EE.UU. durante más de cincuenta años; y puede verse no solo como una vía diferente para lograr los objetivos de promover un cambio de régimen en la Isla, sino también en el sentido de que cuando se practica una política de respeto entre ambas partes y se actúa civilizadamente pueden establecerse canales de comunicación para resolver determinadas diferencias. A partir de las declaraciones simultáneas de los presidentes Raúl Castro Ruz y Barack Obama, así como el restablecimiento de relaciones diplomáticas en 2015 se abrieron las puertas

“a un ciclo de negociaciones sin precedentes en las relaciones bilaterales, teniendo en cuenta la diversidad de temas discutidos y la cantidad de acuerdos (23) alcanzados” (Cabañas, 2021: p. 155), al punto de valorar la importancia de este proceso bajo una perspectiva donde “los acuerdos alcanzados y toda la documentación generada alrededor del proceso constituyen una base importante a tener en cuenta para cualquier ejercicio diplomático futuro de negociación, o para fortalecer lo logrado entonces” (Cabañas, 2021: p. 157). No obstante, desde el punto de vista estratégico se buscó que los cambios en las relaciones no implicaran un abandono de sus objetivos centrales hacia Cuba, por lo que siguió mostrando importantes espacios ambivalentes. Si por una parte excluyó a Cuba de la arbitraria lista de países que según Estados Unidos patrocinan el terrorismo, otorgó licencias en diferentes asuntos relacionados con las relaciones entre ambos países, sobre todo en las telecomunicaciones y los viajes de ciudadanos estadounidenses a la Isla, y de hecho en los últimos días de su mandato firmó con el gobierno cubano un nuevo acuerdo migratorio que, según fuentes cubanas constituyó “un importante paso en el avance de las relaciones bilaterales” al eliminar “la comúnmente conocida como política “pies secos-pies mojados” y el programa de admisión provisional (*parole*) para profesionales cubanos de la salud, que Washington aplicaba en terceros países”, (Granma, 2017: p.1), a lo que se agregó el voto de abstención durante las sesiones de la Asamblea General de la ONU relacionadas con la votación de la resolución cubana contra el bloqueo estadounidense; lo cierto es que en su esencia mantuvo la política de cambio de régimen hacia Cuba, no aplicó otras medidas de carácter ejecutivo que podrían haber hecho inoperante el bloqueo y durante sus años de gobierno las multas y penalizaciones hacia los bancos extranjeros que mantenían relaciones con Cuba alcanzaron un volumen en cifras y en envergadura realmente notable.

El unilateralismo en su variante imperial

Esta vertiente tuvo como punto de partida la llegada de George W. Bush a la Casa Blanca en 2001, luego de protagonizar un fraude electoral que demoró más de un mes los resultados electorales, hasta que finalmente la Corte Suprema decidió darle la victoria a costa del candidato demócrata y vicepresidente Albert Gore; pero el catalizador fundamental de su política exterior lo constituyeron las acciones terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas de Nueva York y El Pentágono en Washington. No fue casual el hecho de que, sin haber transcurrido 48 horas de dichos atentados, el presidente proclamase el inicio de una “guerra contra el terrorismo” a la par que conminaba al mundo para una definición en el sentido de estar a favor de EE.UU. o de los terroristas; posturas que luego serían potenciadas en sus discursos sobre el estado de la Unión y ante los egresados de la academia militar de West Point durante enero y junio de 2002 respectivamente, a lo que se sumó la publicación en septiembre de ese año de la *Estrategia de Seguridad Nacional (The National Strategy of the United States of America)*, documento fundamental para entender la doctrina militar llevada a cabo por los sectores neoconservadores representados en esta administración republicana, refrendada en su segundo período de gobierno a través de su *Estrategia de Defensa Nacional* de 2005, así como en la nueva versión de la *Estrategia de Seguridad Nacional*, publicada en el primer trimestre del año siguiente.

En el terreno práctico, los ejemplos más notables fueron las invasiones a Afganistán e Iraq en 2001 y 2003 respectivamente. En estos casos se logró derrocar a los regímenes existentes en esos países, pero ambas intervenciones derivaron hacia guerras que

virtualmente empantanaron a las fuerzas del Pentágono dislocadas en el terreno y de hecho, terminaron en sendos fracasos político-militares y la impronta de estos conflictos fue heredada por las administraciones que le sucedieron. También en el plano interno los resultados de esta política incidieron negativamente y esta situación de incertidumbre militar, sobre todo en el escenario iraquí, se reflejó en un incremento sostenido del número de bajas mortales entre las fuerzas estadounidenses, que hacia finales de 2007 superaba los 3 800 soldados, así como decenas de miles de heridos, según cifras oficiales. Por otro lado, el índice de aprobación del desempeño de la administración de W. Bush en esos años fue hacia la baja, con niveles que como promedio superaban 60% de rechazo; a lo que se sumaba la existencia de un movimiento pacifista que adquirió fuerza precisamente por el rechazo a la participación de EE.UU. en dicha guerra; las divisiones entre los sectores de poder norteamericanos acerca del devenir de la contienda y la incapacidad para hacer frente a los efectos de desastres naturales dentro del territorio estadounidense como el huracán Katrina en 2005, que afectó el sur del país, especialmente la ciudad de Nueva Orleans, y que la opinión pública norteamericana relacionó por una u otra razón con la guerra en Iraq.

En el escenario internacional, estas guerras fueron un elemento que contribuyó a proyectar una imagen negativa de los EE.UU. como país, al punto de que, para gran parte del mundo, la denominada “guerra contra el terrorismo” representó ante todo un factor de inseguridad para el mundo, de ahí que no resultó casual el que países como España y Gran Bretaña, en su momento partícipes de la política de W. Bush con relación a la aventura iraquí, fueran blanco de acciones terroristas dentro de su territorio. También la India y otros países asiáticos sufrieron ataques que de una forma u otra se relacionaban con la reacción de grupos fundamentalistas islámicos, a lo que se sumó la permanente violencia imperante en Afganistán.

También la primera década del siglo XXI fue testigo del ya mencionado ascenso de China como principal actor en el terreno económico y comercial a nivel mundial, mientras Rusia iniciaba una gradual pero sostenida recuperación de su rol económico y sobre todo político-militar. Serían estos dos Estados parte del eje sobre el que se fue vertebrando el grupo de los BRICS (formado además por Brasil, India y Sudáfrica); Irán continuó manteniendo una línea de ascenso como potencia regional al tiempo que desarrollaba un amplio programa nuclear con fines pacíficos; mientras América Latina y el Caribe comenzaron a ser el contexto de un importante proceso de cambios socio-políticos, con influencia en el tema de las relaciones económicas regionales. De tal manera, hacia mediados de la primera década del presente siglo en dicha región existían gobiernos como el de Hugo Chávez en Venezuela, Bolivia con Evo Morales, Rafael Correa en Ecuador y Daniel Ortega en Nicaragua con posiciones de izquierda; mientras Brasil, Argentina y Uruguay tenían gobiernos progresistas, si bien estos últimos no tenían el mismo nivel contestatario que los mencionados.

Toda esta situación complejizó un escenario donde surgían o se reactivaban mecanismos económicos, sociales, político-militares y de integración regional que no necesariamente respondían a los intereses norteamericanos. Por otra parte, si las Cumbres de las Américas de Chile (1998) y Quebec (2001) mostraban todavía un panorama político donde prevalecían gobiernos de corte neoliberal, cuatro años más tarde en la Cumbre de Mar del Plata la posición de los gobiernos de Brasil y sobre todo de Argentina y Venezuela colocaron al mecanismo de estos cónclaves en un *impasse* que pareció cancelar esta alternativa para una realización futura. Por si fuera poco, Mar

del Plata representó el naufragio definitivo del ALCA como vía expedita para el control hegemónico de las economías latinoamericanas y obligó a EE.UU. a tener que utilizar como medio más efectivo el sistema de tratados de Libre Comercio (TLC), a lo que agregó el fracaso del recrudecimiento de la política agresiva hacia la Revolución Cubana. Finalmente, los últimos momentos de W. Bush en la presidencia fueron marcados de manera muy evidente por las primeras manifestaciones de la crisis que azota al sistema capitalista desde finales de la primera década del siglo y tuvo sus primeras reacciones en EE.UU. desde finales del 2007 y a lo largo de 2008, lo que indudablemente hundió aún más la gestión de su gobierno.

No fue sino hasta las elecciones de noviembre de 2016, luego de la victoria de Donald John Trump, que el unilateralismo en su variante imperial volvió a tomar protagonismo en la agenda en la política exterior estadounidense. Su llegada a la Casa Blanca tuvo como lógica la misma dinámica de lo acontecido en el proceso electoral de 2008: la necesidad de buscar un cambio en la sociedad, si bien en el orden interno su actuación terminó polarizándola aún más por su apoyo abierto a las posiciones más extremas de la derecha en el país, a lo que se sumó a partir del 2020 una actuación desastrosa en el enfrentamiento a la pandemia de Covid-19 y el intento de imponer un discurso relacionado con el robo de su victoria en las elecciones presidenciales de ese mismo año por parte de los demócratas.

Un breve repaso de su actuación en política internacional durante el primer año de mandato mostró, entre los puntos más polémicos: retroceso en las relaciones con Cuba que se incrementó a partir de 2019; la amenaza del uso de la fuerza contra Venezuela; la salida de Estados Unidos del Acuerdo de París contra el cambio climático y su retirada de la UNESCO; el aumento de la escalada de tensiones con la República Popular Democrática de Corea y el anuncio del traslado de la embajada estadounidense en Israel hacia Jerusalén. Por otro lado, pretendía reducir en un 30 % el presupuesto del Departamento de Estado y aumentar en \$ 80 000 millones los gastos del sector militar y calificó de “injustos” los acuerdos firmados por sus predecesores, incluido el TLCAN. Asimismo, decidió abandonar por completo la Alianza Transpacífica, que pretendía convertirse en la mayor área de libre comercio del mundo y en su relación con América Latina se planteó como objetivo central revitalizar la vigencia de la Doctrina Monroe. Posteriormente, a los temas anteriormente mencionados se sumaron otros que de hecho fueron catalizadores de nuevas fuentes de tensión en medio de un escenario internacional cada vez más complejo y que incluyen, entre otros, la salida de EE.UU. del acuerdo alcanzado con Irán en 2015 sobre el tema de su programa nuclear; el incremento de la política hostil contra el gobierno sirio de Bashar Al Assad, donde en la práctica abrió un potencial escenario de guerra luego de efectuar ataques aéreos y lanzamiento de misiles contra posiciones militares sirias en 2017 y 2018, a lo que sumó la entrada en territorio sirio de fuerzas terrestres desde la frontera con Iraq; y sobre todo los avatares derivados de su sistemática confrontación con la República Popular China, que abarca prácticamente todos los planos que inciden en una relación bilateral: económico, científico-técnico, político, diplomático y que por momentos pareciera incluir una posible complicación en el terreno militar.

La suma de estas y otras problemáticas complejizaron aún más el contexto internacional y la impronta de este mandatario constituyó un elemento que, lejos de contribuir a una solución para estos, sencillamente enrareció cualquier posibilidad de arreglos incluso por vías consensuadas. Para algunos analistas esta postura pareció suponer una vuelta a

las viejas posiciones del aislacionismo estadounidense, pero más allá de la opinión con respecto a Trump y la manera de concebir a su país como el centro del mundo, lo cierto es que imaginar el mundo actual sin la actuación de EE.UU., tal y como lo conocemos (para bien o mal), sería como concebir que la sociedad capitalista del siglo XXI pueda renovarse poniendo en práctica de manera literal los postulados de la Declaración de los Derechos del Hombre enarbolados durante la Revolución francesa de 1789.

Es por ello que si tratáramos de identificar a este mandatario dentro de una de las tendencias del unilateralismo, habría que calificarlo de imperial pero con una interpretación muy particular de ella, debido sobre todo a lo imprevisible de su discurso político y actuación práctica.

El unilateralismo “híbrido” de Joseph R. Biden

Joseph Robinette Biden Jr., más conocido como Joe Biden, asumió la presidencia de Estados Unidos el 20 de enero de 2021 gracias a la obtención de un número mayor de votos electorales –con una cifra incluso superior a los necesarios para validar el triunfo–, así como un numeroso voto popular superior a los 80 millones y el respaldo de la mayoría de los medios de comunicación. Sin embargo, su trayectoria como mandatario durante los más de dos años de gestión muestra un panorama sumamente complejo. En ese sentido y según el criterio expresado por fuentes que desde el campo de la academia han seguido de forma sistemática la realidad estadounidense durante las últimas décadas: “Biden obtuvo el triunfo y Trump no consiguió la reelección. La nación está dividida ante un abanico de asuntos: empleo, estabilidad económica, impuestos, inmigrantes, armas de fuego, seguridad ciudadana, violencia, medioambiente, discriminación racial y política exterior” (Hernández Martínez, 2020).

En el campo de las relaciones internacionales, su actuación ha estado marcada por elementos que de cierta manera se contraponen entre una retórica que intenta recuperar el discurso propio de los mandatarios que postulan posiciones propias del unilateralismo en su variante hegemónica, con una actuación que en algunos casos pretende proyectarse como imperial; pero que sin embargo resulta contradictoria en alcances y resultados.

Un ejemplo de lo anterior se hizo evidente a través de la manera en que Estados Unidos cerró sus dos décadas de intervención militar en Afganistán a mediados del 2021, que a su vez puede considerarse como la primera crisis que enfrentó su administración en política exterior. Esta acción de fuerza, considerada la de mayor extensión en la historia de dicho país, tuvo su desenlace con la salida de las fuerzas armadas estadounidenses que el 31 de agosto completaron su retirada de Afganistán y de esa manera ponían fin a las tareas de evacuación, según anunció el general Kenneth Mc Kenzie, jefe del Comando Central en rueda de prensa, desde el Pentágono. Por su parte, Biden había realizado desde el 16 de ese mismo mes unas declaraciones que pretendían, según sus palabras, describir “la situación en curso en Afganistán, los hechos que se han producido durante la última semana y los pasos que estamos dando para responder al rápido desarrollo de los acontecimientos” (Biden, 2021). De acuerdo con lo expresado por el presidente, tras veinte años de presencia militar en esa nación asiática, su país solo tenía como opción real cumplir un acuerdo que el presidente Trump había negociado con los talibanes, donde se establecía que las fuerzas estadounidenses debían abandonar Afganistán para el 1 de mayo de 2021, lo que había propiciado una reducción

de tropas estadounidenses desde cerca de 15.500 soldados a 2.500 en un momento donde además “los talibanes tenían su mayor posición militar desde 2001”; de ahí que tras intentar una ampliación del plazo de permanencia hasta el 11 de septiembre –justo cuando se cumplirían dos décadas de los sucesos del 11-9–, finalmente fue fijado para el 31 de agosto, de ahí que según Biden: “La elección que tuve que hacer, como su Presidente, fue terminar de dar cumplimiento a ese acuerdo o estar dispuesto a regresar y pelear contra los talibanes en plena temporada de combates de primavera” (Biden, 2021).

Por otra parte, desde el inicio de su gestión el gobierno de Biden asumió una línea de política exterior que tiene como uno de sus ejes básicos frenar la influencia de China en el mundo, no solo en el plano económico y comercial, sino también en materia político-militar e incluye dentro de este último aspecto el tratamiento al tema de Taiwán, reforzamiento de vínculos con aliados tradicionales en la región –Japón, Filipinas y Corea del Sur, que en este caso también implica un aumento de las tensiones con Corea del Norte– y la creación de nuevas alianzas como la que se vislumbra a través del llamado AUKUS (2021) entre Estados Unidos, Australia y Reino Unido. A su vez, desde finales de ese mismo año y sobre todo a partir del inicio de la operación militar especial de Rusia contra las fuerzas militares de Ucrania fundamentalmente en la zona del Donbass (febrero de 2022), la administración demócrata ha sido el actor principal en el apoyo recibido por el gobierno ucraniano durante más de un año de enfrentamiento bélico, al tiempo que resulta elemento aglutinador del apoyo que recibe Kiev principalmente a través de la OTAN y la UE, situación que a fin de cuentas determina un debilitamiento notable de esta última organización y presenta un contexto donde, desde una mirada más inmediata, se nos muestra que EE.UU. parecería ser el único y principal beneficiado en todo este escenario. Sin embargo, a mediano y largo plazo los posibles efectos de esta guerra podrían ser perjudiciales para Washington no solo en el plano internacional, sino también dentro de su propia opinión pública.

Respecto a su política hacia América Latina y El Caribe en lo que va de mandato, teniendo en cuenta que si bien desde sus proyecciones de política exterior no pueden ignorarse las referencias hechas a dicha región en sus pronunciamientos públicos, lo que más resalta en este sentido ha sido sobre todo la actuación práctica de su gobierno con relación a países concretos, que en el caso de Cuba resultan significativos por el contraste entre su discurso durante la campaña electoral y la postura una vez llegado a la Casa Blanca, que en lo esencial ha mantenido las líneas establecidas por Trump. Según lo expresado por Juan Sebastián González, uno de sus asesores de campaña en las elecciones de 2020 y futuro vocero principal de la nueva administración para América Latina y el Caribe, la visión de Biden hacia la región se basaba en la creencia fundamental de que la promoción de un “hemisferio seguro, de clase media y democrático”, es de enorme interés para la economía y la seguridad nacional de Estados Unidos. Además, que deben colaborar con sus vecinos si quieren ganar la lucha contra la pandemia de la Covid-19 y reconstruir la economía estadounidense de una mejor manera que en el pasado (González Santamaría, 2021, pp. 70 y 71).

Respecto a Venezuela, a principios de 2022 el escenario parecía sufrir leves cambios con el inicio de la guerra entre Rusia y Ucrania, tras el establecimiento de contactos entre delegaciones de ambos países donde se argumentó que la principal causa de estos encuentros estaría motivada por el interés de EE.UU. para entrar al mercado petrolero venezolano en un escenario internacional como el que parece estarse conformando de

este conflicto. Sin embargo, desde diferentes instancias del poder en Washington se pretendió seguir reconociendo la legitimidad de Juan Guaidó como “presidente” y los sucesos relacionados con la retención en Argentina de un avión venezolano y su tripulación por pedido de un tribunal estadounidense radicado en La Florida, así como el reciente informe sobre el tema de las drogas en la región que incrimina a dicho país, unido a la pretensión de legitimar el despojo hecho a la empresa CITGO, filial de PDVSA, muestran que las bases sobre las que se ha mantenido la agresividad hacia la República Bolivariana mantienen su vigencia.

Uno de los más recientes ejemplos que pueden servir para medir la situación actual de las relaciones entre EE.UU. y sus vecinos regionales, fue la IX Cumbre de las Américas, efectuada en la ciudad de Los Ángeles entre el 6 y 10 de junio de 2022. A partir de la exclusión por parte del gobierno anfitrión de Cuba, Venezuela y Nicaragua con el argumento de que esos regímenes son antidemocráticos, se inició un proceso donde los presidentes de México y Bolivia, más los países del CARICOM expresaron su protesta por la actitud estadounidense y desencadenaron una situación que terminó siendo el eje sobre el que se desarrolló gran parte de las discusiones acontecidas en el encuentro. Cinco presidentes decidieron no asistir a Los Ángeles –AMLO de México, Luis Arce de Bolivia, Xiomara Castro de Honduras, Alejandro Giammattei de Guatemala y Luis Lacalle Pou de Uruguay-, siendo representados por sus ministros de relaciones exteriores. En el caso de los tres primeros la ausencia fue motivada por el tema de las exclusiones y una veintena de gobiernos manifestaron su inconformidad con la iniciativa estadounidense. De hecho, los resultados de esta Cumbre pueden ser considerados como los más intrascendentes en la historia de este tipo de cónclave para los objetivos que habitualmente persiguen los gobiernos estadounidenses y su futuro ha quedado cuestionado y comprometido en sus posibilidades de continuidad.

Conclusiones

Lo expuesto intenta mostrar la trayectoria de una tendencia en la política exterior de EE.UU. que si bien posee un conjunto de antecedentes históricos y proyecciones teórico-práctica más o menos consecuente a lo largo del tiempo con la forma en que dicho país ha ido concibiendo su rol como principal actor internacional, tuvo su momento de expresión para una aplicación práctica a partir de los años 90 del pasado siglo y las primeras décadas del XXI, luego de los cambios producidos en el mundo tras la caída del campo socialista y la desintegración de la Unión Soviética; así como también debido a la funcionalidad de su empleo para diferentes grupos de las élites de poder estadounidenses, en el sentido de que sirve como instrumento para su aplicación desde una óptica bipartidista, con independencia de las diferencias en su modo de aplicación hacia los diferentes escenarios de las relaciones internacionales contemporáneas.

En ese sentido resulta conveniente precisar que desde finales de la primera década del presente siglo EE.UU. atraviesa una crisis multidimensional que influye en las diferentes facetas de su actuación como hiperpotencia. Se puede apreciar la interrelación existente entre la dinámica interna de la sociedad estadounidense con acontecimientos de las relaciones internacionales donde ha desempeñado un rol fundamental, así como la manera en que las diferentes administraciones han asumido el rol de este país en el

escenario mundial. No obstante, lo importante en el análisis de este trabajo no radica en el seguimiento de las figuras políticas que han ocupado la presidencia desde finales del pasado siglo, sino del desarrollo de una tendencia que posee un legado histórico sobre el que ha podido emerger y tomar protagonismo. Más allá de los presidentes analizados y matices de cada uno durante sus mandatos, estamos ante una visión del mundo que se contrapone no solo a una alternativa sistémica diferente, sino incluso a interpretaciones, planteamientos y formas de actuación desde el sistema capitalista imperante que de una u otra forma no pueden obviar que el mundo de hoy debe ser esencialmente multilateral en el escenario de las relaciones internacionales, de ahí que el fracaso y posible extinción del unilateralismo podrá resultar más o menos rápido en dependencia de la voluntad de la comunidad internacional para lograr estos cambios, así como también y sobre todo de la lucha por construir un mundo alternativo al existente, propósito en el que no puede faltar la contribución de los mejores hijos del pueblo estadounidense.

Bibliografía

Alzugaray, C. (2004). II Seminario Internacional “Problemas globales que afectan la seguridad de la humanidad”. La Habana, Centro de Estudios de Información para la Defensa.

Arboleya, J. (2005). “La revolución del futuro”, en *Pensar a contracorriente I*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

_____ (2008). *La Revolución del otro mundo. Un análisis histórico de la Revolución Cubana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Biden, J (2021). “Declaraciones del presidente Biden sobre Afganistán”. The White House.

Cabañas Rodríguez, J. R. (2021). *Anuncios del 17 de diciembre de 2014 en La Habana y Washington D.C. Antecedentes y proceso negociador posterior*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

CESEU (1993). *EE.UU.: Impacto de la Guerra del Golfo en su estrategia de los años 90*. La Habana. Centro de Estudios sobre Estados Unidos.

Despaigne González, P. L. (2001). *El uso de la fuerza por EE.UU. durante la década de 1990. Aspectos conceptuales y prácticos*. La Habana. TM-30, ISRI.

de Luna Barrios, A. M (2010). “El unilateralismo en las relaciones internacionales. Diálogos de Derecho y Política”, en *Revista electrónica*, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia.

(<https://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/derypol/article/view/5124>)

Dimas, E. (2001). “Sobre la guerra en Yugoslavia”, en *Actualidad de la temática de los conflictos*. MOVPAZ, La Habana.

Fernández de Córdova, C.E. (2004). “Unilateralismo y multilateralismo”, en *Comentario Internacional*, Número 5.

<file:///C:/Users/Dino%20A/Downloads/admin,+%23%23default.groups.name.manager%23%23,+173-677-1-CE.pdf>

<https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-retirada-de-afghanistan-y-sus-implicaciones-para-la-administracion-biden/>

García San José, D. (2008). “Unilateralismo y multilateralismo como conceptos de geometría variable en la sociedad internacional postcontemporánea”, en *Revista Electrónica Estudios Internacionales*

<http://www.reei.org/index.php/revista/num15/articulos/unilateralismo-multilateralismo-como-conceptos-geometria-sociedad-internacional-poscontemporanea>

Gardner, A. (1994). “La política exterior de la administración Clinton”, en *Política Exterior*. Madrid, vol. VIII, no. 38.

González Santamaría, A. E. (2021). *La ciudad en la colina ¿Será Estados Unidos?* La Habana, Ocean Sur.

González Torres, C. D. (2001). “La manipulación del mensaje “oficial” sobre Kosovo, pasado y presente de una regularidad”, en *Actualidad de la temática de los conflictos*. MOVPAZ, La Habana.

Granma (2017). *Declaración Conjunta de los gobiernos de Cuba y Estados Unidos*. La Habana, 12 de enero.

Hernández Martínez, J. (2020). “Elecciones en EE.UU.: luces y sombras”, en *Granma*, 16 de noviembre. <http://www.granma.cu/mundo/2020-12-16/elecciones-en-eeuu-luces-y-sombras-16-12-2020-01-12-51>

Leiken, R. S. (editor) (1994). *Un nuevo momento en nuestra América*. The United States Information Agency (USIA).

Leyva, A. (2022). “¿Qué es el unilateralismo? En *El Orden Mundial* (EOM)

<https://elordenmundial.com/que-es-unilateralismo/>

Mariátegui, J. (1992). *El Golfo o el belicismo de Occidente*. Lima. INDECUP y CLENALA.

Moniz Bandeira, L.A. (2010). *La formación del Imperio Americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak*. La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas.

Obama, Barack (2007). “Renovar el liderazgo”, en *Política Exterior*. Madrid, Vol. XII, No. 118, Julio/Agosto.

Palau, Josep (1999). *El espejismo yugoslavo. Lo que no se ha dicho sobre las guerras de Yugoslavia*. Editora Política, La Habana.

Publicaciones periódicas especializadas

Nato Review (1994-1999).